

## EL DIA DE LUTO

LLEGÓ Noviembre con su aire frío, con sus vientos helados que arrebatan en torbellino las hojas secas de los árboles.

El clamoreo de las campanas y el aspecto triste de la población anuncia que ha llegado la hora del recojimiento.

Mirad las calles de México: una inmensa multitud enlutada las cruza y se dirige á los cuatro ó cinco panteones que tiene la ciudad.

El luto es hoy el traje oficial de etiqueta, el que exige el día, porque los pueblos cultos del siglo XIX tienen sus sentimientos y afecciones arreglados por el día.

Se ama mucho á una persona y se le felicita el día de su cumpleaños, si muere, pasados los nueve días se le debe llorar solo el día 1º de Noviembre.

El amor y el dolor los reglamenta el almanaque, lo cual siempre economiza gastos y lágrimas.

Bajo la inspiración de una idea tan mezquina como ésta se creó el luto.

Salvo el color, el luto no es moda del siglo. Cuenta algunos siglos de antigüedad, pero solo hasta hoy se le ha dado la significación de exterioridad que lleva.

Hoy se ha hecho del luto un padron, un anuncio, un *memorandum* más ó menos lato. Lo que es en sí nada significa, ni siquiera la extensión del amor que se tenía al que ha muerto.

—Ese joven va diciendo con su luto que si ha quedado huérfano ha heredado en cambio algunos miles de pesos.

Ese viudo, lleva luto y lo enseña á sus amigos sonriendo y diciéndoles que la fortuna que el tuvo no la tienen todos, que jamás se casen, que ese lazo indisoluble pocas veces se digna la muerte romperlo á tiempo y cuando pesa ya demasiado.

—Esa viuda bajo sus tocas negras hace brillar como dos hojas de fuego sus bellísimas miradas; su boca sonríe, su

mano saluda con coquetería luciendo un brazo artístico, cuya blancura resalta mas con el color negro de su traje y de su guante: esa viuda es una plaza vacante que espera sustituto, y su traje oscuro significa la patente de libertad, la salvaguardia para cometer sin indiscrecion toda clase de ligerezas.

Vosotros los que amais de veras, mientras que lleveis sangrando en el corazon un dolor cuya fuente ocultan la fria losa de una tumba y la venalidad de un correcto epitafio, vosotros los que quereis mantener incólume el recuerdo del que fué y ya no es, no vistais el luto que viste el mundo, ó bien encerraos con él y dentro de él adonde el mundo no pueda ir a comentarlo.

Los panteones están llenos; la multitud los invade, recorre sus lúgubres calles y se divide en grupos. Unos de estos se detienen a contemplar el lúgubre adorno de un sepulcro, otros leen con rostro indiferente las inscripciones grabadas en la piedra, éstos ven una tumba modesta y pasan adelante para ir á contemplar una estátua ó un espléndido mausoleo levantado con los mármoles de Tangassi y adornado por el buril de Piatti: aquellos sin ocuparse de ese insultante [lujo] van á llorar á un rincon del cementerio adonde ya no hay inscripciones, ni estuco, ni dorados, adonde van los restos de todos, allí deben estar los de los deudos de aquellos desventurados: no podrian pagar un sitio y los arrojaron de el como el inquilino que no paga la casa... iy como se atreve á llamarse el hombre *el rey del mundo* cuando no cuenta ni con una vara de tierra para descansar de la vida si no la compra!

La humanidad todo lo corrompe, todo lo adultera; en vano la muerte, como su señora, su árbitra y su heredera, quiso ser su niveladora. La humanidad ha roto el nivel, y prodiga las distinciones á un puñado de polvo para cubrir su última miseria en un catafalco suntuoso y un escogido dístico, y no escucha á la religion que todo el día le entona su solemne memento.

Pero á cada momento nos divagamos en reflexiones inútiles.

Sigamos con esa gente visitando el panteon, que al fin es el teatro del dia.

Recorramos los epitafios... cómo no hay un hombre malo.

Si la raza actual desapareciera sin dejar de su pasado mas libro ni mas indice que los epitafios de los panteones, la raza que viniera creeria que sus antecesores habian sido todos ángeles ó santos.

Mas perdonemos ese último engaño á la humanidad, siquiera tiene pudor y oculta la llegada que le roe las entrañas.

(*La Sombra. Periódico Joco-Serio Ultraliberal y Reformista. T. II, n. 71, México, 2 nov. 1866, pp. 1-2.*)